

 HARLEQUIN

Bianca™



Natalie Anderson
REINA DE CONVENIENCIA

_____Bianca_____™

REINA DE
CONVENIENCIA

Natalie Anderson



Cualquier forma de reproducción, distribución, comunicación pública o transformación de esta obra solo puede ser realizada con la autorización de sus titulares, salvo excepción prevista por la ley.

Diríjase a CEDRO si necesita reproducir algún fragmento de esta obra.
www.conlicencia.com - Tels.: 91 702 19 70 / 93 272 04 47

Editado por Harlequin Ibérica.
Una división de HarperCollins Ibérica, S.A.
Núñez de Balboa, 56
28001 Madrid

© 2020 Natalie Anderson
© 2020 Harlequin Ibérica, una división de HarperCollins Ibérica, S.A.
Reina de conveniencia, n.º 2813 octubre 2020
Título original: Shy Queen in the Royal Spotlight
Publicada originalmente por Harlequin Enterprises, Ltd.

Todos los derechos están reservados incluidos los de reproducción, total o parcial.

Esta edición ha sido publicada con autorización de Harlequin Books S.A.
Esta es una obra de ficción. Nombres, caracteres, lugares, y situaciones son producto de la imaginación del autor o son utilizados ficticiamente, y cualquier parecido con personas, vivas o muertas, establecimientos de negocios (comerciales), hechos o situaciones son pura coincidencia.

® Harlequin, Bianca y logotipo Harlequin son marcas registradas por Harlequin Enterprises Limited.

® y ™ son marcas registradas por Harlequin Enterprises Limited y sus filiales, utilizadas con licencia.

Las marcas que lleven ® están registradas en la Oficina Española de Patentes y Marcas y en otros países.

Imagen de cubierta utilizada con permiso de Harlequin Enterprises Limited.
Todos los derechos están reservados.

I.S.B.N.: 978-84-1348-910-0

Conversión ebook: MT Color & Diseño, S.L.

Índice

[Créditos](#)

[Capítulo 1](#)

[Capítulo 2](#)

[Capítulo 3](#)

[Capítulo 4](#)

[Capítulo 5](#)

[Capítulo 6](#)

[Capítulo 7](#)

[Capítulo 8](#)

[Capítulo 9](#)

[Capítulo 10](#)

[Capítulo 11](#)

[Capítulo 12](#)

[Epílogo](#)

[Si te ha gustado este libro...](#)

Capítulo 1

F_I?

Hester oyó cómo la puerta principal se cerraba de un portazo y se quedó quieta.

-¿Fifi? Maldita sea, ¿dónde estás?

¿Fifi? De pronto cayó en la cuenta de a quién pertenecía aquella voz. Como asistente de la princesa Fiorella en Boston, había conocido a algunas de las personas importantes con las que se relacionaba, pero solo se había encontrado en presencia de su hermano en una ocasión. Por supuesto no había hablado con él pero sabía, como todo el mundo, que era un hombre desvergonzado, arrogante y petulante, lo cual no era sorprendente, dado que gobernaba la maravillosa isla mediterránea que era el lugar de esparcimiento favorito del mundo.

-¿Fifi?

Nadie le hablaba con esa familiaridad a la princesa, y mucho menos con aquella inconfundible impaciencia. Por un instante valoró la posibilidad de quedarse callada y esconderse, pero no tardaría en localizarla en su habitación, así que decidió salir al salón.

Y allí estaba el Príncipe Alek Salustri de Triscari, haciendo de aquel salón que la princesa y ella compartían una habitación liliputiense, ya que no solo era un príncipe poderoso, sino un hombre físicamente perfecto, como quedaba patente gracias al traje y la camisa negros y

hechos a medida que llevaba en aquel momento. Con las gafas de aviador en la mano, desprendía impaciencia y peligro, no solo por el lujo y la calidad de su ropa, sino porque se le veía perfectamente cómodo con el lugar que ocupaba en el mundo, tremendamente seguro y confiado porque lo poseía todo. Todo.

Pero en aquel momento estaba enfadado, y cuando su mirada de ojos negros como el carbón se clavó en ella, su ira creció todavía más.

-Ah. Eres la secretaria.

-Alteza -lo saludó, inclinando la cabeza. Imposible ejecutar una reverencia-. La princesa Fiorella no está.

-Ya lo veo -contestó entre dientes-. ¿Dónde está?

Entre sus obligaciones estaba la de proteger a la princesa de interrupciones no deseadas, pero el príncipe ocupaba el lugar más alto de esa lista. Era el depredador alfa.

-En una práctica. Volverá en media hora más o menos, a no ser que se vaya a tomar un café en lugar de volver directamente a casa.

-Maldita sea... ¿Está con gente? -preguntó, y volvió a pasearse por la habitación.

Hester asintió.

-¿Y no se ha llevado el móvil?

-Su guardaespaldas sí, pero la princesa prefiere no llevárselo a clase. ¿Quiere que le dé algún mensaje de su...

-No -espetó-. Tengo que verla a solas. La esperaré aquí.

Parecía tan enfadado que Hester sintió la tentación de enviarle un mensaje a Fiorella, aunque desobedecer tan a las claras una orden recibida no parecía buena idea. Siguió yendo y viniendo por la habitación, esquivando el escritorio de Hester, escrupulosamente ordenado.

-¿Puedo ayudarlo en algo? -se ofreció, nerviosa. Con la princesa nunca se sentía así, pero es que no sabía bien cómo manejar a aquel hombre. Bueno, ni a aquel, ni a ningún otro.

Él se detuvo y la miró atentamente, como si la viera por primera vez y Hester se sintió atrapada por sus ojos negros. No podría decir si eran enternecedores o estremecedores, pero sí que no podía apartar la mirada de ellos. De pronto cayó en la cuenta de lo absurdo de su pregunta. ¿Ella... ayudar al príncipe Alek... el príncipe de la noche, del pecado, del escándalo?

Su teléfono vibró y contestó con impaciencia.

-He dicho que no -espetó un instante después-. Ya he dicho que nada de boda. No voy a...

Y lanzó una parrafada en italiano.

Hester clavó la mirada en su mesa y deseó poder desaparecer, aunque era obvio que a él le importaba un comino su presencia.

El mundo llevaba esperando su coronación desde que el anciano rey falleciera diez meses atrás, pero el príncipe playboy Alek había mostrado escaso interés en buscarse la esposa necesaria para que la coronación pudiera tener lugar. Ninguna de los cientos de listas de Las Diez Mejores Novias que se habían publicado en el mundo entero parecía haberle inspirado, como tampoco la impaciencia creciente de su pueblo. Aun así, el príncipe Alek no había reducido lo más mínimo su vida social. Más bien, al contrario. En el último mes, había sido fotografiado cada día con una mujer distinta, como si estuviera desafiando esa vieja ley que lo obligaba a sentar la cabeza.

Mientras intentaba desesperadamente encontrar algo que decir, un ruido sordo salió del dormitorio del que ella había salido.

-¿Qué ha sido eso? -preguntó él, ladeando la cabeza como el depredador que ha percibido el sonido inconfundible de una presa-. ¿Por qué no me ha permitido entrar en su habitación?

-No ha sido nada...

-Soy su hermano. ¿Qué me está ocultado? ¿Es que está ahí con algún hombre?

Antes de que pudiera moverse, el príncipe abrió de par en par la puerta, como si aquel lugar fuera suyo. Se había detenido justo al otro lado de la puerta.

-¿Qué demonios es eso?

-Un gato aterrado -contestó, adelantándose con cuidado para no asustar más al animal que ya bufaba como una criatura salvaje.

-¿Y qué hace aquí?

-Cenar -lo tomó en brazos y abrió la ventana-. Al menos antes de que se abriera la puerta.

-No me puedo creer que Fi tenga un gato como ese -dijo, contemplándolo con desprecio-. No es precisamente un Ruso Azul de pura sangre.

Claro... ¿cómo iba a ver más allá del pelaje de aquel animal medio salvaje de capa grisácea y orejas desfiguradas?

-Puede que no sea bonito, pero está solo y es vulnerable. Cena aquí todos los días -dijo, depositándolo en el alféizar.

-¿Y cómo narices se baja de ahí? -preguntó, acercándose a la ventana para ver cómo el animal se desplazaba hasta el último escalón de la escalera de incendios para luego prácticamente volar los tres metros que lo separaban del suelo-. ¡Impresionante!

-Sabe sobrevivir -respondió, pero de manera incontrolable la nariz comenzó a picarle y aunque parpadeó rápidamente, no pudo evitar su reacción habitual.

-¿Ha estornudado? -se sorprendió-. ¿Es alérgica a los gatos?

-¿Iba a dejarlo pasar hambre porque yo no sea adecuada para él?

Y sacó un pañuelo de papel de la caja que había en la mesilla para sonarse la nariz. Pero al parecer el príncipe había perdido ya el interés porque estaba estudiando el estrecho dormitorio.

-No tenía idea de que a Fi le gustase tanto el suspense -dijo, tomando uno de los libros que había junto a los

pañuelos-. Creía que lo que más le iba eran los animales. ¿Cómo puede moverse en este espacio?

La habitación, vista con sus ojos, debía ser una caja estrecha y blanca con una cama estrecha y blanca. Una pila de libros. Un gato. Un absoluto cliché.

-¿Dónde tiene todas sus cosas? -preguntó, pasando la mano por la caja de madera que era el único objeto decorativo de la alcoba.

-Es que no es el dormitorio de la princesa Fiorella. Es el mío.

-¿Y por qué no lo ha dicho antes? -espetó, apartando el dedo con el que estaba recorriendo el dibujo labrado en la madera de la caja.

-Porque entró antes de que tuviera ocasión de decir nada. Supongo que está acostumbrado a hacer lo que le da la gana -espetó, molesta.

Pero cuando se dio cuenta de lo que había dicho, entrelazó las manos y mantuvo la cabeza alta. Ya no podía retirarlo, y hacía tiempo que había aprendido a no demostrar que sentía miedo ante personas que tenían poder sobre ella para que la dejaran en paz. Ya no mostraba una fachada de serenidad y seguridad, aunque fuera solo eso, fachada.

El príncipe la miró sorprendido y en silencio, pero de pronto su expresión se transformó y se acompañó de una risa grave. Entonces fue Hester quien se sorprendió. Hoyuelos. En un hombre adulto. Unos hoyuelos preciosos.

-Así que le parece que soy un malcriado, ¿eh? -le preguntó.

Había pasado del mal humor a la risa en un abrir y cerrar de ojos.

-¿Y no es cierto?

-Yo diría que verse obligado a buscar esposa no es precisamente la definición de hacer lo que a uno se le viene en gana -contestó sin dejar de sonreír, y aquel gesto

transformaba un rostro perfecto, haciéndolo pasar de hermoso a cálido y humano.

-¿Se refiere a la coronación?

No podía fingir no haber oído la conversación.

-Sí, a mi coronación -repitió al tiempo que salía de la alcoba con parsimonia y tranquilidad-. No están dispuestos a cambiar esa estúpida ley.

-Es tradición -contestó, y pasó junto a él para detenerse en el centro del pequeño salón-. Puede que haya algo atractivo en la estabilidad.

-¿Estabilidad?

Algo en aquella palabra le sonó pícaro y se volvió a mirarlo. ¡Le estaba examinando el trasero! Sintió una oleada de calor que le irritó no poder evitar, ya que ella no le interesaba en absoluto, pero aquel hombre tenía un impulso sexual tan fuerte que no podía evitar examinar a cualquier mujer que pasara a su lado.

-La estabilidad de tener un monarca que no se distraiga por andar persiguiendo faldas.

Él sonrió.

-No constantemente. Me gusta descansar los jueves -replicó, apoyándose en la puerta.

-Así que hoy es día de descanso.

-Por supuesto -rápidamente la miró de abajo arriba y cuando volvió a su cara, todo rastro de humor había desaparecido-. ¿De verdad le parece bien forzar a alguien a casarse antes de permitirle ejercer el trabajo para el que lleva toda la vida preparándose? ¿O piensa que debo sacrificar mi vida personal por mi país? -añadió, ladeando la cabeza.

Nunca se había parado a pensar tal cosa, pero ella sola se había metido en aquel rincón discutiendo con él.

-Creo que pueden encontrarse algunos beneficios en una unión acordada.

-¿Beneficios? -repitió, enarcando las cejas-. ¿Qué beneficios podría haber en algo así?

Claro. ¿Cómo iba a querer que le cortaran el suministro incesante de mujeres?

-Si llegara a un acuerdo adecuado con una mujer adecuada... los dos sabrían dónde se estaban metiendo, y sería una decisión lógica y razonable por el bien de su nación.

-¿Lógica y razonable? ¿Pero qué es usted? ¿Un androide?

Ojalá lo fuera en aquel momento. Era insoportable encontrarlo atractivo sabiendo lo mucho que le gustaba flirtear. Cuando un hombre estaba tan bendecido como él por los dioses de la belleza, los meros mortales como ella carecían de defensas ante él.

-Cuando sea rey, podrá pedir un cambio -sentenció, intentando cerrar una conversación que nunca debería haber empezado.

-Desde luego. Pero para ser rey, parece que tengo que casarme.

-Es una encrucijada para usted.

-Que carece de peso sobre mi capacidad para hacer mi trabajo. Es un anacronismo.

-Entonces, ¿por qué no llegar a un acuerdo con alguna de sus muchas amigas? -sugirió-. Estoy segura de que todas estarían encantadas de llevar el peso de ser su esposa.

Él volvió a reír.

-No crea que no me lo he planteado. El problema es que todas se lo tomarían demasiado en serio y esperarían un final feliz.

-Sí, imagino que eso debe ser un problema -se burló con sarcasmo.

-No para alguien como usted -replicó él, acercándose.

-¿Perdón?

-Usted entendería el arreglo perfectamente bien y tengo la impresión de que lo último que desearía sería un final feliz conmigo.

Demasiado sorprendida y dolida por sus palabras, respondió:

-No me imagino que eso pueda ser posible.

-¿Con alguien en particular o solo conmigo?

De pronto cayó en la cuenta de a quién acababa de insultar.

-Lo siento -dijo, y apretó los labios.

-No lo sienta. Tiene razón -contestó él, riendo de nuevo-. Lo difícil es encontrar a alguien que comprenda la situación y sus limitaciones, y que tenga la discreción necesaria para lograrlo.

-Una ardua tarea.

Ojalá se marchara. O la dejase marcharse a ella, porque aquello estaba empezando a ser peligroso. Él era peligroso.

La miró un momento antes de volverse a examinar de nuevo su mesa.

-Es usted la viva imagen de la discreción.

-¿Porque tengo la mesa ordenada?

-Porque es lo bastante lista como para comprender cómo sería un acuerdo semejante -se irguió para mirarla con arrogancia-. Y no tendríamos historia romántica que viniera a complicar las cosas. De hecho, creo que usted podría ser mi esposa perfecta.

Parecía estar disfrutando con aquello, desafiándola a sonreír y a que se uniera al chiste, pero a ella no le estaba resultando divertido en absoluto.

-No.

-¿Por qué no?

El humor desapareció de sus facciones, dejando solo fría especulación.

Peligroso, sin duda. Mucho más implacable de lo que su fachada relajada sugería.

-No habla en serio.

-Yo creo que sí.

-No -repitió, cruzándose de brazos a la altura de la cintura para no empezar a moverse con nerviosismo, para impedir que la tentación escapase a su control.

Porque ella nunca sentía tentaciones. En realidad, nunca sentía. Había estado muy ocupada intentando sobrevivir durante... durante mucho tiempo.

-¿Por qué no se toma un momento para pensarlo? -sugirió él sin dejar de mirarla.

-¿Qué es lo que tengo que pensar? Esto es absurdo.

-Yo creo que no -replicó con toda tranquilidad-. Creo que podría funcionar perfectamente.

-¿De verdad no le parece que debería tomárselo un poco más en serio, en lugar de proponérselo a la primera mujer con la que se ha encontrado hoy?

-¿Por qué no debería proponérselo a usted?

Hester respiró hondo.

-Nadie se creería que deseaba casarse conmigo.

-¿Por qué?

-Porque no me parezco en nada a las mujeres con las que suele salir.

Él volvió a mirarla de arriba abajo.

-No estoy de acuerdo. Es solo cuestión de ropa y maquillaje. De hacer un paquete atractivo.

-¿Humo y espejos? -se tragó la bilis que le había subido por el esófago porque sabía lo poco que al mundo le gustaba su envoltorio-. Yo no pertenezco a su mundo. No soy una princesa.

-¿Y? Eso no importa.

-Ni siquiera soy de su país -continuó-. No es lo que se espera de usted.

Él miró más allá, como si hubiera algo interesante en la pared.

-Haré lo que me obligan a hacer, pero no pueden dirigirlo todo. No quiero casarme con nadie, y menos aún con una princesa. Elegiré a quien yo quiera -sentenció y volvió a mirarla con arrogancia-. Será como un cuento de hadas.

-Lo que sería es increíble -replicó. No podía creerse que estuviesen teniendo aquella conversación.

-¿Por qué? ¿Cuánto tiempo lleva trabajando para Fi?